

Desmenuzando unos textos empapados de vida

La **Ascensión**, que hoy celebramos, representa el paso de Jesús de este mundo al Padre. Su **humanidad**, aquel **Jesús hombre** que caminó entre nosotros y compartió nuestra historia, entró en la belleza y el esplendor de la vida de Dios. Lo hizo porque su existencia fue una entrega total, porque su amor fue absoluto. No vivió para **defenderse**, sino para **donarse**.

Por eso, la **culminación** de su vida en la tierra fue la inmersión en el **misterio divino**, lo que llamamos la **Ascensión**. Sin embargo, su partida no es un abandono. La **bendición** que Jesús da a sus discípulos es el signo de una corriente de vida nueva, resucitada por Él, que llega a los hombres y les permite continuar su obra.

Sobre nuestra vida—tal como es, con nuestras fragilidades y contradicciones—el Señor derrama su **bendición** (cf. *Lc 24,50*). Es un gesto que hay que acoger, dejar que penetre en nuestro existir y lo transforme. Los discípulos, al recibirla, no solo se postraron ante Él, sino que regresaron a Jerusalén **llenos de alegría y alabando a Dios**. De este modo, su vida, aun en medio de la persecución y las pruebas, se convirtió en una **liturgia permanente de alabanza**, porque la existencia de Jesús fue un don de amor. Y es así como descubrimos que también nosotros estamos llamados a **hacer de nuestra vida un regalo para los demás**.

El **Evangelio de Lucas**, a diferencia de los **Hechos de los Apóstoles**, concentra los acontecimientos pascuales en un solo día, el **primer día después**

del **sábado**, para destacar que **la exaltación de Cristo es inseparable de su resurrección**. Por la mañana, el **sepulcro vacío** y la aparición de los **hombres con vestiduras resplandecientes**; durante el día, el **camino de Emaús** se convierte en testimonio de su presencia; y por la tarde, **se revela a los Once** y a los que con ellos estaban reunidos.



El relato de la **Ascensión** no ofrece una indicación temporal precisa, sino que se inicia con el anuncio que hace sobre su **pasión y resurrección**, su llamada a la **predicación universal** y el testimonio fortalecido por el poder del Espíritu. Todo está enraizado en las **Escrituras**, pues el Señor **abre la mente de los discípulos, por medio del don del Espíritu Santo, para que comprendan plenamente su misión** que tiene su origen en una **visita**. Sí, **Jesús de Nazaret**, hijo de María e Hijo de Dios, se acercó a nosotros como **visita divina** (cf. *Lc 1,68*), pero no para castigar nuestros pecados, sino para **anunciar el perdón** (cf. *Lc 1,77*). Con su muerte, aceptó sobre sí el odio, la violencia y la mentira de los malvados y, en respuesta, no devolvió mal por mal, sino **amor por injusticia**. En ese acto de entrega absoluta, el Maestro devolvió al Padre el verdadero rostro de **Adán, tal como Dios lo había querido** (cf. *Col 1,15*). Es decir: al encarnarse, muestra el rostro del hombre tal como fue concebido por Dios: en comunión con Él, lleno de amor y verdad; pero también muestra el rostro del Padre. A través de sus enseñanzas, su vida

y su sacrificio, Jesús permite que la humanidad conozca la misericordia de Dios de una manera más profunda

Jesús asciende llevando consigo una oración incesante de **perdón y misericordia**. Sus últimas palabras antes de morir fueron: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."* (*Lc 23,34*). Y su postrera promesa fue dirigida a un criminal al que dijo: *"Hoy estarás conmigo en el paraíso."* (*Lc 23,43*).

Por eso, los discípulos, testigos de esta **misericordia vivida, enseñada y narrada** por Cristo, deben **anunciarla** a todos los hombres, *"comenzando por Jerusalén"*. Su única misión es **mostrar la misericordia**, lo que significa **servicio a los pobres, a los enfermos, a los que sufren**; cercanía y solidaridad con los pecadores y, como **caminantes y peregrinos**, anunciarán por todas partes: **el perdón de los pecados**.

Pero testimoniarla no es fácil, porque parece poco creíble, casi imposible de llevar a cabo. Sin embargo, aquellos **pobres discípulos**, en la tarde de Pascua, escucharon, comprendieron y desde entonces han tratado de vivirla y difundirla.

Pero será necesario **"el poder de lo alto"**; de ahí que, cuando el **Hijo de Dios** sube al cielo, **desciende sobre la Iglesia el Espíritu Santo que permanece en ella para el perdón de los pecados, aún más: el mismo es el perdón de los pecados**.





Un salmo para rumiar

Sal 46, 2-3. 6-7. 8-9

Pueblos todos batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
porque el Señor altísimo es terrible,
emperador de toda la tierra.

**Dios asciende entre aclamaciones;
el Señor, al son de trompetas;
tocad para Dios, tocad,
tocad para nuestro Rey, tocad.
Porque Dios es el rey del mundo;
tocad con maestría.**

**Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado.**

El Salmo 47 es un himno de **alabanza** que celebra el reinado de Dios en toda la tierra.

La **alabanza** es una oración que desafía una visión del mundo sin Dios. Nos ayuda a resistir la tentación de percibir la realidad como vacía de sentido divino. Al adoptar una actitud positiva, la alabanza se convierte en un acto de resistencia contra la tendencia a ver solo lo incompleto, lo sin solución, el límite y la muerte.

Nos sorprende porque nos lleva a redescubrir el sentido de la promesa contenida en la Escritura: una promesa de plenitud de vida, de liberación, de cumplimiento y de salvación.

Los **salmos de alabanza** son un antídoto contra el activismo desmedido que busca resultados inme-

diatos. Nos recuerdan que la **salvación es gracia**, no esfuerzo humano. Esta oración nos ayuda a redescubrir la dimensión de la gratuidad de la existencia y la acción invisible de la gracia que atraviesa cada instante de nuestra vida.

El objeto de la alabanza es Dios y su obra, no solo en sí mismo, sino en lo que realiza en la **creación** y en la **historia**. Por ello, es una oración profundamente concreta: no parte de abstracciones, sino de hechos y maravillas que se manifiestan en múltiples niveles de nuestra realidad y, en este día, porque Dios, en su Hijo Jesucristo, *vencedor del pecado y de la muerte, ha ascendido, ante el asombro de los ángeles, a lo más alto del cielo* a fin de ser *“el rey de la gloria, Mediator entre Dios y los hombres, Juez del mundo y Señor del universo”*. Un señorío que se manifiesta en:

- **Actos de justicia:** se defiende la dignidad de los demás, ayudando a quienes lo necesitan y promoviendo la equidad en la sociedad.
- **Vida de fe y oración:** de este modo se fortalece la experiencia del Reino en la vida diaria.
- **Servicio a los demás:** el Reino de Dios se manifiesta en el amor y el servicio desinteresado.
- **Construcción de paz:** se fomenta la reconciliación, el diálogo y la armonía en las relaciones personales y comunitarias.
- **Transformación interior:** se vive con valores como la humildad, la compasión y la gratitud y, de este modo, el Reino de Dios se hace presente.



En la fuente de agua viva

**Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis**

DOMINGO DELA ASCENSIÓN “C”

Un texto para guardar en la memoria del corazón



Hechos de los apóstoles 1, 1—11

En mi primer libro, Teófilo, escribí de todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el comienzo hasta el día en que fue llevado al cielo...mientras él se iba marchando, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al cielo».

Lucas 24, 46-53

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que os revistáis de la fuerza que viene de lo alto». Y los sacó hasta cerca de Betania y, levantando sus manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado hacia el cielo. Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; y estaban siempre en el templo bendiciendo